

día a día, purgando aquella falta que su desesperación ante la injusticia y el atropello, se vió obligado a cometer. Y afuera no es mucho mejor la libertad: las fiebres palúdicas, las serpientes venenosas, las aguas envenenadas, las fieras en permanente acecho, hacen de todo ese escenario, una especie de caos monstruoso en donde todavía el mundo no se clarifica para permitir que prospere y se desarrolle la existencia humana. Y a todo esto es preciso agregar la crueldad de los que allí tienen el poder y la riqueza. El «caboclo» o sea el trabajador de los castaños, tiene además otro enemigo que no le da tregua y es el alcohol, «la cachaça» como allí la llaman que consume a todas las horas de su vida. La cachaça, le acompaña en sus tristezas, en sus pequeñas alegrías, en sus enfermedades, en el duro trabajo. Cachaça, siempre cachaça. Es el veneno que ayuda al terrateniente a hacer que todos los restos de la dignidad humana desaparezca, y que apenas sea a veces, un arrebató de rebeldía obscura que conduce al asesinato, y de allí a la inmunda mazmorra de una prisión.

Las obras de Abguar Bastos, son consideradas como la pintura y expresión más intensa y dramática de todo lo espantoso que hay en la explotación de las riquezas que encierra la selva amazónica. Junto con *La Selva* de Ferreira de Castro y *La Vorágine* de Eustacio Rivera, son las novelas en que mejor se describe esa trágica y feroz realidad que tiene la vida del hombre del Amazonas.—L. D.

https://doi.org/10.29393/At173-241LDAE10241

AGUAS ESTANCADAS, Novela por *Juan Modesto Castro*.—Santiago de Chile, 1939

En un volumen de 450 páginas, Juan Modesto Castro, ha logrado aprisionar, con justeza y vívida expresión, lo que sus ojos vieron y lo que sus oídos oyeron, mientras permaneció en

calidad de enfermo en la sala común de un hospital. Es un relato sin capítulos en el cual las páginas, son como los días lentos de la vida que allí transcurre angustiada y tediosa, pues los enfermos sienten su propio dolor y el de los demás, formándose de esta manera una especie de comunidad de sufrimientos.

En esta novela, a ratos nos decepciona un poco, comprobar que los hechos se repiten, que las frases son las mismas de ayer de hoy y de mañana. El lector que no quiere tomarse el trabajo de imponerse del total de ella puede así formular un juicio completamente errado, pues no podrá comprender la intención que tuvo el autor al escribir su libro, que no quiso hacer una novela sujeta a los preceptos que rigen este género literario. No fué precisamente este su anhelo, sino el de mostrar la vida en toda su profunda intensidad y en sus distintos aspectos: trágicos, risueños, desgarradores a veces, pero siempre empapados en esa tremenda ansiedad que vincula a los hombres frente a la desgracia.

Todo Chile pasa por la sala común del hospital. Desde el señor venido a menos que trata de conservar allí la dignidad de su categoría social, pasando por el hombre de la clase media, hasta llegar al sirviente doméstico, al roto y al peón. Todos llevan allí su inquietud, sus anhelos, sus esperanzas o su desesperación. También su sordidez, su generosidad, sus perversiones y malos instintos. Tipos rebeldes que se mueren renegando de su perra vida, otros resignados y estoicos frente a su destino. La existencia humana pasa por allí como en una cinta cinematográfica, mostrando sus diferentes alternativas, sus lacras monstruosas y sus pasajes de conmovedora abnegación. Desde su cama, que tiene el número 21, el autor los observa y va acumulando en su mente todo ese caudal de vida humana que transcurre frente a sus ojos atentos para captar lo interesante. Y la verdad es que en todos hay algo que anotar, ya sea en su picardía o su ignorancia, en su maldad o sus buenos sentimientos.

Todos los detalles y escenas de la vida diaria en la sala,

están descritos con asombrosa fidelidad. Y entre estos la desdeñosa indiferencia de los médicos cuya sensibilidad ya se ha endurecido en la diaria contemplación de tanta miseria. Es cierto que aquello, si se tomara en cada caso con abnegación de apóstol, sería como para volver loco al más cuerdo, pues el paciente en su egoísmo y en su padecimiento desea ser atendido con una dedicación que es imposible darle, aún teniendo las mejores disposiciones. A la llegada de los doctores, cada cual desea llamar la atención sobre su caso. Y como eso es imposible, hay quejas y murmuraciones, sordas rencillas que de repente estallan agitando la quietud cotidiana de la sala.

Pero en verdad es esto lo menos interesante en esta novela de Juan Modesto Castro. Hay en ella, en síntesis, por lo menos cien esbozos de novelas y cuentos que surgen a diario de las conversaciones de los enfermos, a esa hora que sigue a la siesta, que es la más propicia para enhebrar sus pláticas. Cada uno de ellos trae a ese reducido escenario su pedazo de vida, su jirón de alegrías o dolores, que cuenta sin concederle mayor importancia. El campo, el arrabal, la pampa, la fábrica, el muelle, tiene allí su novelista verbal que el oído fino de Juan Modesto Castro, va aprehendiendo con maravillosa intuición para valorizar todo lo que es digno de ser incluido en este relato. A ratos se nos ocurre que estamos leyendo una página de Zola, cuando describe sus borrachos parisienses en «L'Assomoir», o sus campesinos avaros y sensuales en «La Terre». Todo el drama humilde de la vida de un pueblo aparece, en estas Aguas Estancadas. El alma con sus innumerables facetas aparece en toda su terrible desnudez.

Hay un viejecito que grita todo el día y en su desvarío, se lamenta de la falta que le hará a su patrona, porque no tendrá, ahora que falta él, quien riegue la chacra, quien cuide de todos aquellos menesteres a los cuales dedicó su vida entera, y que formaron su pequeño mundo de afectos e intereses. Otro es chofer de una Embajada. Un día el Embajador en persona

llega a imponerse del estado de su salud. Hay ese día una gran conmoción entre todos los enfermos. Y el chofer es bautizado con el apodo de «el embajador». Comienza desde ese día a tomar en serio la condición social, en que este apodo lo sitúa, entre sus compañeros de hospital. Pero esta fanfarronería da margen para hacerlo blanco de pullas y alusiones agudas y graciosas, que dan al traste con sus aires de gran señor. Sin embargo, tiene su círculo escogido de amigos, entre los cuales forma parte uno a quien llaman el Club de la Unión, por ser mozo de esa institución. Pero en el fondo, aquellos explotan su vanidad, para disfrutar de las apétitosas viandas que su mujer le trae a diario.

En el aspecto de las costumbres, de las supersticiones y de las leyendas, el libro de Castro ofrece un rico y variado material. El demonio, los aparecidos, los hechos sobrenaturales cobran allí un súbito y fantástico relieve. La sala queda en la penumbra, después que la bondadosa monjita ha rezado las oraciones de la tarde. Los enfermos se quedan conversando a media voz, sumergidos en el curioso silencio de los demás, que a veces interrumpen al narrador para preguntarle algún incidente que no entendieron bien.

En esta novela, hay además algo que es de una importancia fundamental, y es la numerosa serie de problemas humanos que quedan allí al descubierto como una herida que está sangrando. Problemas de educación, de equidad social, de alimentación y de habitación; de higiene y de salubridad. Castro no convierte su novela en un sermón, ni en cátedra para criticar las fallas sociales de nuestra colectividad. Es un artista y muestra una realidad. La tremenda realidad que está viviendo el pueblo chileno.—LUIS DURAND.